

Vicente Blasco Ibáñez  
GUERRA DE FRAILES  
(*El Pueblo*, 18-8-1900, p.1; *El Motín*, 25-8-1900, p. 1)

El presidente Loubet ha abandonado su palacio del Elíseo y las magnificencias de la Exposición, para ir a Marsella con su cortejo casi real de generales, ministros, chambelanes y guardias, a despedir el cuerpo de tropas francesas que marchan a China.

El pueblo de Marsella se ha agolpado en el puerto, aclamando al ejército con esa furia amorosa que despierta en todo corazón francés el ruido del tambor y el brillo de la bayoneta y el pantalón rojo. ¡Viva el ejército! ¡Matemos a los chinos!

Al mismo tiempo la municipalidad de Vallerón, pequeño pueblo cercano a Carpentras, votaba la siguiente orden del día, digna de ser conocida por todo el mundo, pues desenmascara uno de los absurdos de nuestra época.

«Considerando que la guerra de China, que en este momento causa tantas angustias a las familias de los soldados, no es más que el resultado de los abusos que ciertos individuos imbuidos por el espíritu clerical han ejercido sobre los chinos, los cuales, resueltos a no sufrir el yugo de los hombres de largas faldas negras, se han puesto en actitud de defender su libertad, sus costumbres y su tierra natal:

Considerando que este motivo es el único de los sucesos que se desarrolla actualmente en el Celeste Imperio; que los males causados por el clero son la causa de tantos desastres; que los europeos que habitan dicho país serán tal vez degollados, mientras nuestros hijos, llamados por el servicio militar, van a pagar con su vida este crimen imputable a la religión:

Considerando que tenemos en Francia unos 50.000 jóvenes que visten sotana y que aumentarían considerablemente las filas de los combatientes enviados a la China:

Proponemos al gobierno que adopte las medidas necesarias para que esos 50.000 seminaristas, abates, curas o vicarios, todos hombres útiles y fuertes sean enviados al Celeste Imperio para combatir y defender los intereses de sus compañeros.

La fe les dará valor; el cielo será testigo de su bravura y se evitará que derramen su sangre los hijos del pueblo que nada tienen que ver en esta cuestión. Los mismos que han provocado el incendio de la guerra, que sean los encargados de apagarlo. Y la juventud laboriosa que no pide más que paz y trabajo, será empleada en cultivar nuestros campos, cuya despoblación es cada vez más creciente.»

¡Interesante documento! Hay en él algo de ironía meridional; en sus párrafos parece que se ve la mano de esos guasones provenzales tan admirablemente descritos

por Daudet; pero tras el estilo burlón y ligero, brilla una gran verdad, la verdad de todas las guerras ultramarinas que sostienen los pueblos latinos.

Claro es que no podemos compararnos a Francia en bienestar y cultura; pero siendo pueblos del mismo origen, llevan los dos en la sangre y en el tuétano la herencia de varios siglos de religiosidad feroz y de intransigencia dogmática.

Si nosotros somos el pueblo de la Inquisición, Francia es el país de la noche de San Bartolomé. Los poderosos de Francia no se atreven con el pasado; los ricos, ateos en su conciencia, fingen en la vida una entusiasta devoción; y si España es el feudo del Vaticano, la República francesa se pavonea con su título de hija amada de la Iglesia.

Hay que leer diariamente a Urbano Gohier, a Vigué d'Octon, a todos los que se indignan contra esa República que, fundada por Gambetta al grito de «*El clericalismo, he ahí el enemigo*», es hoy la presa de los jesuitas y de todas las órdenes monacales. El ejército está mandado por discípulos de loyolas, por jóvenes educados en los conventos que, obedeciendo los consejos de los reverendos padres, adquieren rápidamente cruces y galones; la marina es una comunidad religiosa flotante que adora a San Miguel como patrón de la Armada francesa, celebra fiestas en honor del santo del día y considera al cura como el jefe más importante de a bordo. En cambio los oficiales de historia republicana o los que por su nacimiento son protestantes o judíos, se ven postergados en plena República y perseguidos por un sinnúmero de pequeñas e incesantes molestias, hasta que fastidiados piden su licencia.

Poco más o menos, lo mismo que en España. La única diferencia estriba en la prensa. Aquí se callan estas cosas; allí se lanzan a los vientos de la publicidad.

Francia va a la guerra con China, como nosotros nos vimos en lucha con los filipinos: por los frailes.

Abusan estos de un país; en nombre del Crucificado explotan a los indígenas quedándose con su trabajo; roban mujeres y niños con el pretexto de enseñarles la doctrina; turban las costumbres; violan las preocupaciones hereditarias, cuando tan sagradas e intangibles consideramos las nuestras; y al llegar el momento de la explosión y la venganza se retiran del escenario de sus atropellos modestamente, se ocultan temerosos, y los gobiernos latinos, complacientes criados del clericalismo, envían al soldado, al hijo del pueblo que nada sabe y nada ha hecho, a morir por el fraile que permanece tranquilo en su cubil.

En Filipinas murieron miles de soldados españoles que acababan de desembarcar, que no conocían el país, que no habían robado bebés para el serrallo de la

rectoría, ni se habían dado una vida de Sardanápalo en la parroquia. Y mientras los pobres inocentes quedaron allí blanqueando con sus huesos los bosques, aquí están entre nosotros los venerables frailes repatriados, sanotes y risueños, dispuestos a empezar otra vez su tarea de cristianización si a España le quedase por su desgracia algún pedazo de terreno fértil en lejanos mares.

En Francia pasa lo mismo. Los frailes y jesuitas —de que es protectora la República francesa— han provocado la protesta brutal y feroz de los chinos, y allá van por un absurdo social los labriegos, los albañiles, los zapateros, los sastres, todos los infelices obreros vestidos de azul y rojo, que no saben siquiera en qué parte del mundo está la China, a matar hombres amarillos que ningún mal les han hecho. Y mientras tanto, los frailes quietos en sus cómodas viviendas,

Tiene razón el municipio de Vallerón: «Los que han encendido la guerra, que sean los encargados de apagarla.»

Pero estos son tiempos en los que nada hace reír como la lógica y la verdad.

Los ricos preparan y declaran las guerras y son los pobres los que van a morir en ellas; los frailes sublevan los pueblos con su intolerancia y su rapacidad, y cuando alguien pide que los mismos frailes se defiendan, el país considera la proposición como un disparate y son los obreros los que van a alcanzar la palma del martirio peleando por Dios, mientras los santos religiosos se quedan modestamente en su celda renunciando tanto honor.